

porque la inducción ha recibido ya una justificación que resulta válida, lo mismo si la naturaleza es uniforme que si no lo es. En las obras de Reichenbach, *Experience and Prediction* y *The Theory of Probability*, se sostiene que su justificación consiste en que si el futuro puede ser predicho, las reglas de la inducción, sin más, capacitarán para predecirlo.—SALUSTIANO DEL CAMPO URBANO.

RYLE, (Gilbert): *Proofs in Philosophy*, en «Revue internationale de Philosophie», Bruselas, año VIII, enero-junio 1954, fasc. I-II (págs. 150-157).

Con curiosa expresividad (véase el párrafo que abre el trabajo: «Philosophers do not provide proofs any more than tennis-players score goals»), Gilbert Ryle separa claramente el campo de la prueba de la tarea filosófica. La prueba no puede darse más que dentro de un sistema, mientras que la discusión filosófica trasciende los sistemas, es meta-teórica. La argumentación filosófica no es una operación con premisas y conclusiones, sino una operación sobre operaciones, con premisas y conclusiones. Este es el motivo de que no pueda tratarse un tema filosófico como si fuera un tema matemático, y no, como a veces se sostiene, que los matemáticos empleen términos de alcance concreto mientras los filósofos utilizan el lenguaje impreciso de la conversación diaria. Conceptos usados en filosofía, tales como número, infinitesimal, punto, etc., son los mismos términos matemáticos. El intento de igualar las expresiones numéricas con las de cualidad, intento demolido por Frege, fracasó no porque fueran inexactos los datos matemáticos empleados, sino porque la nivelación de sistemas estaba mal hecha.

Los problemas filosóficos implican «masas de vehículos conceptuales de diferentes clases y moviéndose en diferentes direcciones» que chocan en «encrucijadas conceptuales»; muchos de ellos precisan ser colocados bajo control conjunto y es complicado poner de acuerdo a científicos y matemáticos en una discusión filosófica. Para resolver el problema no basta, diremos con otra imagen del profesor Ryle, que cada conductor maneje bien su propio vehículo.—M.<sup>a</sup> ELISA MASEDA.

SELVAGGI (Filippo, S. J.): *Valore umano della scienza*, en «Humanitas», año VIII, núm. 12, diciembre de 1953 (págs. 1.200-1.205).

La ciencia moderna, además de su problemática epistemológica, lógica y metódica, tiene otra en cuanto que se relaciona con lo humano y lo moral.

La línea existencialista se inclina a criticar la ciencia desde esta relación por su tendencia al conocimiento abstracto, matematización de la realidad, abandono de los problemas propiamente humanos. Y no sólo la ciencia pura, sino su aplicación a la técnica refuerzan estos inconvenientes.

Contra esta crítica, que no deja de tener una razón parcial, es menester hacer notar lo que la ciencia tiene de necesidad del hombre, de petición de su misma naturaleza. Esta justa demanda no quiere decir que el conocimiento científico agote la realidad, sino tan sólo que es un modo humanamente lícito de dirigirse a ella.

El progreso científico, es verdad, no ha ido emparejado siempre al progreso espiritual y humano; pensemos, por ejemplo, en las modernas creaciones de la técnica bélica. Pero que el progreso técnico-científico sea una ocasión de la actual decadencia de la Humanidad no quiere decir que sea la causa. Al contrario, el que la mayor complicación de la ciencia haga cada vez más arriesgada esta ocasión no debe servir sino para ponernos en guardia. La ciencia moderna debe exigir de la Filosofía un replanteamiento de las cuestiones sobre la realidad y el ente. El Padre Selvaggi pone un ejemplo: la ciencia, decía un ilustre científico, es semejante a un globo de luz introducido en un mar de tinieblas; a medida que la luz es más intensa, la frontera con las tinieblas se agranda.

El conocimiento teórico que proporciona la ciencia tiene, pues, un valor humano cuando da al hombre un conocimiento adecuado de la realidad, no absoluto como el de Dios, sino humano y finito, pero perfectible. Pero además también las aplicaciones técnicas de la ciencia tienen valor humano. Lo que ocurre es que en este aspecto, en cuyo ámbito existen tantos peligros, es necesario recordar las palabras del gran hombre de ciencia De Broglie, que aconseja al hombre de nuestro tiempo